

La visita de Némesis

La desintegración y el bloqueo de la Europa germano-neoliberal

Cuando la crisis global está introduciendo enmiendas de fondo al proceso de globalización, se está haciendo palpable cómo la Europa germano-neoliberal, con una estructura inflexible y gobernada por una lógica tecnocrática y empresarial, ha llevado una buena idea hacia la desintegración y el bloqueo. Mientras, la sacralización del europeísmo ha hecho de la crítica a la Unión Europea neoliberal una autopista de sentido único para la ultraderecha. Donde antes se veían ventajas y progresos, ahora se abren paso desventajas y retrocesos con diversas manifestaciones, pero con mayores avances desde la extrema derecha que desde la izquierda, pudiendo marcar un horizonte de regreso al consenso entre estados en detrimento de lo supranacional.

Si se atiende a los perjuicios que la Unión Europea germano-neoliberal ha ocasionado en los últimos veinte años a la mayoría de los europeos –incluidos buena parte de los alemanes– en términos de recortes sociales, incremento de la desigualdad y menoscabo de derechos, el *euroescepticismo* –esa *palabra fea* en el diccionario del *establishment*– no es más que un estado de lucidez. Otra cosa es que esa lucidez tenga consecuencias electorales y sociales ambiguas y que sea capitalizada por la derecha. ¿Cómo se explica esa paradoja?

Rafael Poch-De-Feliu es periodista y analista de política europea

Por miedo a la reivindicación de la soberanía nacional, una figura anulada por los tratados de la UE que contenía la democracia de diferente intensidad de los países miembros, la izquierda eludió toda crítica. Se cedió así a la derecha todo el terreno que había para defender derechos y conquistas sociales desde los estados nacionales, hasta el punto de haber convertido la crítica a la UE neoliberal en casi una autopista de sentido único para la ultraderecha. Han pasado los años y esa crítica sigue bastante huérfana de argumentos de izquierda.

La clave de este desastroso absentismo fue la sacralización del *européismo*, una *buena idea* de integración continental plenamente secuestrada, especialmente a partir de 1992 (Maastricht), por una estricta lógica tecnocrática y empresarial. La socialdemocracia europea fue particularmente responsable de esa sacralización. Durante años respondía a cualquier objeción crítica invocando el carácter sagrado de aquella *buena idea*, mientras participaba con entusiasmo en la construcción de una estructura alemana de cemento armado que no puede reformarse porque cualquier cambio fundamental en los tratados exige la conformidad de todos los miembros del club, algo prácticamente imposible. Esa estructura inflexible, sin marcha atrás y blindada, recibe ahora, cuando la crisis global está introduciendo enmiendas de fondo a la globalización, la inexorable visita de Némesis, la diosa de la justicia retributiva.

Estancamiento-Desintegración-Parálisis

Cuando los imperios y grandes estados de este mundo necesitan flexibilidad, ingenio y capacidad para redefinirse en los nuevos marcos que se vislumbran, la UE choca con un altar inamovible en el que la *buena idea* está aprisionada por todo aquello que debería ser enmendado. Mientras los demás imperios como EEUU y China maniobran, corrigen y experimentan, con mayor o menos grado de dificultades y contradicciones, en la búsqueda de esa redefinición, el *imperio UE* está paralizado: desde hace años es incapaz de apuntar algún vector constructivo. Solo lo militar (destructor) se abre paso a través de escenarios de confrontación con Rusia, muy convenientes a su competidor del otro lado del Atlántico y completamente ajenos a sus propios intereses geopolíticos, y aun eso entre enormes divergencias y problemas.

La estructura inflexible de la UE recibe ahora, cuando la crisis global está introduciendo enmiendas de fondo a la globalización, la inexorable visita de Némesis, la diosa de la justicia retributiva

En un club tan fragmentado y diverso en intereses y culturas nacionales, la parálisis y el estancamiento abonan la desintegración. Uno tras otro, los diferentes estados tienden a buscar soluciones individuales, pero chocan con el corsé germano de la realidad santuarizada en la UE. El BCE es “independiente” y dicta la política a seguir, la moneda común impide ajustes y devaluaciones, los ministerios de economía nacionales son meros ejecutores de directivas decididas en la UE, la OMC, el FMI... El derecho europeo tiene mayor rango que el nacional, pese a carecer de un fundamento democrático: es legal, pero no legítimo.

Y la política exterior y de defensa viene encuadrada por una estrategia (americana) organizada a través de la OTAN que es no solo exterior a la nación, sino a la propia UE. ¿Qué le queda a la soberanía popular, al sujeto que vota en unas elecciones nacionales?

Desencanto y bloqueo

En época de vacas gordas todo esto no era demasiado problema (aunque en los países democráticamente más exigentes y despiertos hubo toda una serie de referéndums que cuestionaron aspectos de la construcción: ocho referéndums, todos, menos el británico ignorados), pero la crisis financiera y sus recetas lo cambiaron todo. Cuando de lo que se trata es de cambiar cosas fundamentales, todo se descompone.

En esa descomposición se incluye la de la *buena idea* europeísta, que sufre cierta muerte espiritual. Después de haber sido atracados en nombre de ella (rescate bancos, conversión de deuda privada en deuda pública, drásticos recortes en el estado social...) y después de constatar que no hay soberanía en decisiones fundamentales, muchos europeos, incluso los que recibimos fondos de cohesión y decisiones judiciales que corregían a veces las de nuestro mal gobierno, miran a la UE con otros ojos. Donde antes se veían ventajas y progresos, ahora se abren paso desventajas y retrocesos. Eso tiene diversas manifestaciones, en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste, pero se produce un poco por todas partes; referéndums, "populismos", avances de la extrema derecha y –más débiles– nuevos altermundismos y eurocriticismos de izquierda.

Para impedir, para salir al paso de todo eso, habría que corregir, cuestionar y cambiar las normas de funcionamiento de esta UE neoliberal, que provocan todos esos descontentos, esas involuciones sociales y esos referéndums de contestación, pero, ¿cómo hacerlo si sus tratados fundamentales, se diseñaron para evitar el cambio y están blindados («No hay democracia fuera de los tratados europeos», dijo Juncker)? Parece que, para cambiar las cosas, la UE, tal como la conocemos, debería negarse a sí misma, pero, ¿puede un *establishment* administrativo no electo, al servicio de intereses oligárquicos-empesariales, practicar tal ejercicio desde Bruselas? Y si eso no es posible sin la ciudadanía, ¿cómo puede intervenir una ciudadanía, *el pueblo*, en el marco europeo, si la *ciudadanía europea* y el *pueblo europeo* no existen? (existen el pueblo francés, español, húngaro, pero no el "pueblo europeo"). ¿Está entonces la respuesta a este embrollo en los Estados, es decir, allí donde hay soberanía y elecciones? ¿Sería, por tanto, la suma de toda una serie de respuestas ciudadanas estatales la solución para generar una reforma en profundidad de la UE? Estas preguntas son abrumadoras, pero si la última de ellas es correcta, lo más notable que se ha visto hasta ahora es la protesta social francesa de los *gillets jaunes* (chalecos amarillos).

Francia

Tras seis meses de movilizaciones sabatinas, el movimiento de los *gilets jaunes* contra la austeridad y la desigualdad y por una mayor justicia fiscal, mantiene un nivel de aceptación social considerable, pese a la dura campaña de intoxicación llevada a cabo por los medios de comunicación –cuya credibilidad está por los suelos, hay que decirlo. Los franceses no quieren más degradación, piden un cambio de política y Macron es incapaz de concederles ese cambio. El presidente ha echado mano del ejército en tareas de mantenimiento del orden, un recurso sin precedentes desde la guerra de Argelia (1954-1962). La represión policial de las manifestaciones ha rebasado todos los excesos. Hay unos 400 *gilets jaunes* en la cárcel, 9.000 han sido detenidos, 2.000 condenados, más de 200 han sido heridos en la cabeza, 22 han perdido un ojo, cinco han perdido una mano... Esta virulencia policial y mediática sugiere que, «la aristocracia financiera ya no teme perder unas elecciones o no poder *reformular*, sino que teme una revuelta insurreccional», se lee en *Le Monde Diplomatique*. Macron ha lanzado como respuesta su llamado “gran debate” un simulacro de debate nacional que ha eludido las cuestiones de fondo ante un público debidamente encuadrado. Combinando la represión con ese tipo de recursos puede que gane tiempo, e incluso que gane las elecciones europeas, pero no conseguirá abrir camino a nuevas *reformas* como el propósito de bajar un 20% las pensiones sin correr serios riesgos.

Para salir al paso de todo eso, habría que corregir, cuestionar y cambiar las normas de funcionamiento de esta UE neoliberal, que provocan todos esos descontentos, esas involuciones sociales y esos referéndums de contestación

Macron está acabado. Podemos discutir la evolución del proceso y cuánto durará. Es posible que el presidente confirme los augurios de *Napoleón III*, *Le Petit*, e intente un golpe de fuerza. También es posible que acabe abandonando el Elíseo en helicóptero, pero el resultado será el mismo: su política de darle la puntilla a 30 años de neoliberalismo francés, para ponerlo *de una vez por todas* en línea con el conjunto europeo, se ha demostrado impracticable. La caja de la contestación social espontánea se ha abierto en Francia.

No sabemos si el movimiento social francés tendrá éxito, ni si su ejemplo estimulará a otros. Hace tiempo que modestamente sostengo que si en Francia no pasa nada, es decir que si lo que queda de la mayor tradición social y republicana del continente se demuestra incapaz de reaccionar a esta crisis que incrementa la desigualdad y arrasa derechos costosamente adquiridos, entonces no pasará nada fundamental de signo liberador y progresista a medio plazo en esta parte del mundo. Lo que si podemos constatar es que la inflexibilidad alemana no hace más que echar leña al fuego de la protesta social en Francia.

El cadáver franco-alemán

El pacto de Macron con Merkel tras la victoria electoral del primero en 2016 se enunció así: «yo hago los deberes (involutivos) en Francia y a cambio tú flexibilizas la política europea con una mayor integración y un mayor gasto común: presupuesto europeo significativo, ministro de finanzas común, listas transnacionales en el Parlamento Europeo, etc.». Ninguno de los dos términos funcionó: ante su propósito de recortar más el estado social, Macron se encuentra con la protesta, y Merkel no accede a nada. ¿Cómo iba a hacerlo si ya tiene el mayor grupo parlamentario de extrema derecha en el Bundestag radicalizando el discurso del «Europa nos roba»?

En política europea no hay manera humana de reanimar el cadáver del llamado “eje franco-alemán”. ¿Una política energética común? Sí, pero Francia ya no puede conformarse con lo que se vislumbra con el *Nord Stream 2*, el nuevo gaseoducto que debe llevar gas ruso a Alemania bajo las aguas del Báltico que tanta oposición genera en EEUU, Polonia y las repúblicas bálticas. La actitud francesa no tiene que ver con esa oposición, ni con la cacareada independencia del suministro. La UE recibe gas de Noruega, Argelia, Qatar, Nigeria, Azerbaiyán, Perú y Trinidad y Tobago, además de Rusia. El suministro de todos esos países supera con creces el ruso. Lo que ocurre es que a Francia no le hace gracia que Alemania se posiciones como “hub” gasístico continental, a menos que se consienta en darle a ella el papel de distribuidor continental de energía nuclear. En enero, el ministro de Energía alemán, Peter Altmaier, glosaba «el abandono en paralelo» del carbón y la energía nuclear. Días después, París respondió retirando su apoyo al *Nord Stream 2* y forzando una negociación *in extremis* para impedir que la Comisión Europea bloqueara el gaseoducto.

¿Un ejército europeo? Sí, los alemanes piensan en ello, hasta proponen “europeizar” (un verbo sinónimo de “germanizar”) la disuasión nuclear francesa. Pero en París el jefe del Estado Mayor, François Lecointre, ha dejado claro que ese recurso francés no es socializable. «La autonomía de las fuerzas nucleares francesas está garantizada por los menos hasta el 2050», ha dicho. Los alemanes tienen en su suelo decenas de bombas nucleares de EEUU, en las bases de Büchel y Ramstein. La cifra exacta no la conocen ni siquiera los políticos alemanes que tampoco se atreven a decirles a los americanos que se las lleven de vuelta a su país como desea la mayoría de los alemanes. Y en temas de defensa, los franceses están mucho más cerca de los británicos en cuestión de cooperación militar-industrial, que de los alemanes, por razones históricas obvias.

Sin acuerdo en las dos cuestiones esenciales, energía y defensa, la autonomización europea sería complicada, incluso si la Unión Europea no estuviera en proceso de desintegración como resultado, fundamentalmente, del nacionalismo exportador alemán que llamamos “liderazgo alemán”. Y, he aquí que hasta eso está pinchando.

Alemania

La mezcla de la ruina y desapego de los socios europeos, en el Sur (Italia), en el Este (Polonia y compañía), de la incertidumbre del *brexit*, del agotamiento del vendedor de alfombras del Elíseo, de las sanciones y amenazas comerciales de EEUU, del enfriamiento chino, la estúpida guerra fría con Rusia, sus sanciones y demás, ha acabado afectando a la propia estrategia alemana. Solo las barreras de Trump pueden reducir a la mitad la exportación de coches alemanes a EEUU. El automóvil es el sector clave de la exportación alemana, que responde de la mitad del PIB. Alemania es una especie de “China europea” en su dependencia de la demanda del consumidor extranjero, con la diferencia de que China tiene un espacio enorme en su mercado interior que lleva años potenciando. La miseria de los sueldos en Alemania, el avance de la precariedad y de todo lo que se ha elogiado del modelo alemán en Europa, se está volviendo contra ella. Llegamos así a la actual recesión. La agencia federal de estadísticas dice que aún no, que se ha rozado la recesión, pero, pese a sus trucos de contabilidad, el hecho es que llevamos dos trimestres de desaceleración en Alemania y probablemente habrá un tercero... La previsión (oficial) de crecimiento para 2019 ha sido corregida a la baja en los últimos meses hasta un 0,5%. La supuesta *granja modelo* que daba lecciones a diestro y siniestro esta siendo víctima de su propia estrategia avasalladora, prepotente y egoísta.

Sin acuerdo en las dos cuestiones esenciales, energía y defensa, la autonomización europea sería complicada, incluso si la Unión Europea no estuviera en proceso de desintegración como resultado, fundamentalmente, del nacionalismo exportador alemán

La mayoría de los alemanes pueden compensar la evidencia de la degradación objetiva de sus vidas, en términos de bienestar, relaciones laborales y contenido del Estado del bienestar, con la idea de que, a pesar de todo, les sigue yendo mejor que a otros en Europa. Sin duda eso es así, pero no impide el incremento de los alquileres y de la *gentrificación*, el avance e institucionalización de la precariedad, los mini-trabajos y los retrocesos del sistema de pensiones tras su privatización, lo que crea un serio problema de jubilados pobres. Una tercera parte de la población alemana sufre directamente esas condiciones y el 19,7% está amenazado de pobreza y exclusión social, solo cuatro puntos por debajo de la media europea (24%). Al final, la consecuente continuidad del nacionalismo exportador característico de esta Europa alemana tampoco ha sido una bendición para los alemanes.

La erosión del bipartidismo de posguerra (socialdemócratas-democristianos) toca techo. El SPD ronda el 15% en las encuestas. La CDU mantiene el doble pero también a la baja,

con la aparición de nuevas fuerzas que le arrebatan electores; juntos, SPD y CDU ya no llegan al 50% del voto.

Con este panorama, la anunciada jubilación política de Angela Merkel, que ya ha abandonado la jefatura de su partido, la CDU, y no se volverá a presentar a un nuevo mandato como canciller federal, se parece a un abandono del barco que hace aguas. Su designada sucesora, Annegret Kramp-Karrenbauer, no tiene gran margen para un cambio y anuncia continuismo. Si en enero, Merkel y Macron rubricaban en Aquisgrán un acuerdo que incluye el compromiso francés de «admitir a Alemania como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU» y hacer de ello una “prioridad” de la diplomacia francesa, sin que nada de todo ello haya sido siquiera debatido por la Asamblea Nacional francesa, en marzo Kramp-Karrenbauer (KK) iba aún más lejos. En una carta de 17 puntos derribaba las veleidades europeístas de Macron avanzando que, «en el futuro la UE debe estar representada en el Consejo de Seguridad de la ONU por un puesto permanente común», es decir, Francia debería renunciar a uno de los pocos atributos de poder que le quedan por encima de Alemania, y el Parlamento Europeo debería trasladar su sede de Estrasburgo a Bruselas.

La carta de KK confirma no ya la imposibilidad de reanimar el cadáver, sino la incompatibilidad de las ideas de Francia y Alemania sobre el futuro de la UE. Merkel y KK quieren mantener la Europa alemana con más poder para Berlín y menos para Bruselas. En esa línea se sitúa la candidatura alemana del alemán Manfred Weber para ocupar el principal cargo en Bruselas, el de presidente de la Comisión que dejará libre su actual titular, Jean-Claude Juncker. Weber será en el mejor de los casos un presidente de la Comisión débil y en el peor un peón de Berlín en Bruselas. Francia se va a oponer a su candidatura después de las elecciones europeas, confirmando la rivalidad franco-alemana, que el *brexít* agudiza.

Hacia la próxima euro-crisis

Hasta el referéndum del *brexít* de junio de 2016 ninguna votación de ciudadanos europeos desfavorable a la política de la UE fue atendida. Se trata de ocho consultas a lo largo de 24 años que comienzan en 1992 en Dinamarca hasta Holanda en 2016, pasando por Irlanda, Francia y Grecia. Siempre se les hizo volver a votar, se impuso lo mismo por otras vías, o simplemente se ignoró. El *brexít* fue una excepción en todo eso y crea un montón de dificultades, en primer lugar, porque Bruselas tiene que lograr que el asunto salga mal a fin de que la salida no se haga atractiva allí donde existe terreno abonado; desde Italia a Polonia, pasando por Hungría y, sobre todo, por Francia... La pregunta sigue siendo: ¿qué tipo de club es ese del que no puedes salir sin ser duramente castigado? Hay que analizar qué reflexión sobre la UE introduce esa pregunta para la población europea que asiste al espectáculo del *brexít* desde la barrera.

Desde el punto de vista del euro, la situación es prodigiosa: la crisis afecta por igual a las tres variantes. El Reino Unido no está en la moneda única, Francia e Italia son claras víctimas del euro y Alemania no solo está en el euro, sino que es su administradora, guardiana de su ortodoxia y principal beneficiaria. ¿Por dónde vendrá la próxima quiebra? ¿Por la tormenta francesa? ¿Por el *brexít*? ¿por una eventual salida italiana del euro? Hasta el momento los tecnócratas del BCE y de la Comisión Europea no han visto venir nada; ni el *brexít*, ni la revuelta social en Francia, ni el avance ultra por doquier y *también* en Alemania. ¿Será diferente ahora? No lo creo. Con la simultánea implosión del poder en los países centrales de la UE, la austeridad tal como la conocíamos está muerta, pero sus autores no se dan cuenta.

La actual inoperancia de la UE la aparta de los grandes vectores de nuestro tiempo y recuerda a la de un muerto viviente

Horizonte

No creo en un escenario de disolución, un *8 de diciembre de 1991* en Bruselas (el día en que tres presidentes de repúblicas soviéticas declararon disuelta la URSS, no me imagino algo así con Alemania, Francia e Italia, por ejemplo), porque la necesidad de organizar vínculos entre los estados europeos permanecerá de una u otra forma. Con la UE estancada, otras fórmulas europeas ocuparían su lugar, nuevas asociaciones, etc. Por ahí veo un vector reconducible. Lo más probable parece una especie de regreso al consenso entre estados en detrimento de lo supranacional, pero en cualquier caso, la actual inoperancia de la UE la aparta de los grandes vectores de nuestro tiempo y recuerda a la de un muerto viviente. Eso me hace pensar en el precedente de la Sociedad de Naciones (1918-1946).

La Sociedad de Naciones fue inoperante para los retos de su tiempo; para Abisinia, Libia, la China invadida por Japón, para los sudetes y el *Anschluss* de Hitler, para la enormidad de la II Guerra Mundial... y cuando se disolvió, en 1946, nadie la echó a faltar porque era un cadáver. Pero, claro, aquel cadáver dio lugar a otro sujeto: la ONU. Esta es la analogía que se me ocurre con la UE que hoy tenemos y que vemos apagarse mientras va perdiendo los trenes del tiempo mundial.